

LOS CAMINOS DE PIEDELAGUA

PARTE I: EL ABUELO MARTÍN

PARTE II: HUELLAS

PARTE III: ANÉ

PARTE 1: EL ABUELO MARTÍN

1.

Del abuelo Martín no se había hablado nunca en la familia. Y eso que era el más interesante de todos. Pero hasta que cumplí los doce años y doce días yo no sabía siquiera que el padre de mi padre, o sea, mi abuelo -mi abuelo de verdad, digo- vivía. Tampoco sabía de sus viajes de mar ni de sus sueños ni de su mal temperamento; porque el abuelo Martín refunfuñaba a todas horas. Y cuando no refunfuñaba, se le iban los ojos por detrás del mar, aunque no estuviera delante y solo fuese un retazo más de su memoria.

El abuelo sabía llegar hasta el mar aunque estuviéramos tierra adentro, aunque nos llegara la tierra al cuello, como él decía, y no pudiese ver con sus ojos de color azul. De un azul muy pálido, casi blanco. Así eran los ojos del abuelo: ojos de ciego. Pero las cosas no son lo que parecen, y eso lo aprendí yo aquella misma tarde en que me enteré de golpe y porrazo de que el abuelo Martín existía y además era marinero; y eso que hacía mucho tiempo que no salía a la mar. Pero un marinero siempre es un marinero aunque le falte mar y le sobre tierra. Eso decía el abuelo. Y también decía:

- La mar se lleva en el corazón, como a las mujeres.

Tenía la voz ronca, de salitre.

- Tienes voz de mar, abuelo – le dije yo una tarde cuando empecé a perderle miedo.

- ¡Que voz de mar ni qué leches! – gruñó-. Esto es la ronquera, la mala vida, el tiempo este del demonio.

Tardé varios días en volver a atreverme a decirle algo al abuelo Martín. Y eso que el silencio de la casa de Piedelagua era mucho silencio. Un silencio de viento; y de lluvia; y a veces de mar y de hojas secas. Un silencio con olor a barcas.

- ¡El cielo, niña! – me gritaba a veces sin venir a cuento.

Yo resoplaba del susto, porque el abuelo Martín salía como de debajo de las piedras para gritarme:

- ¡El cielo, niña! El cielo se lleva en la cabeza; si no, te pierdes.

Y yo temblaba un poco y luego miraba al techo como para darle la razón. Porque razón al abuelo no le faltaba, aunque eso lo supiera yo mucho más tarde.

El día que cumplí doce años y doce días mis padres me dijeron:

- ¿Te gustaría conocer a tu verdadero abuelo?

- ¿A mi verdadero abuelo? – pregunté yo extrañada.

- Sí, al padre de tu padre.

- Pero ¿no era el abuelo Lucas que murió de un atracón? – protesté yo que me conocía de memoria la historia del abuelo Lucas.

- Sí, bueno – aclaró mi padre -, ese era en realidad mi padrastro, o sea, el marido de tu abuela. Siempre me cuidó como un padre hasta que un día le dio por comerse un pollino entero...

- ... y dos gallinas el día de los santos inocentes –terminé yo-. Pero, entonces ¿quién era tu padre?

- Un marinero. De Piedelagua, el pueblo de tu abuela. Ahora está ciego; hace tiempo que no sale a la mar. Es muy mayor.

Mi padre hizo un silencio que mi madre tomó como testigo para continuar con aquella asombrosa historia de mi familia. Una familia absolutamente convencional, de la que nunca nadie habría sospechado que ocultaran un secreto. Pero la familia de mi padre estaba llena de secretos; secretos que habrían de rodearme aquella Semana Santa, y sobre todo, aquel verano en que aterricé en la adolescencia ayudada por los ocultos misterios de mi abuelo.

- Martín abandonó a tu abuela antes de que naciera tu padre. Se embarcó para recorrer mundo y no supieron nada de él durante muchísimos años. Antes las cosas eran distintas. Y tu abuelo era un entusiasta del mar, un aventurero.

- ¿Un pirata?

Mi madre levantó las cejas y chasqueó la lengua como solía hacer cuando algo le parecía divertido.

- ¡Ese tiene más de papanatas que de pirata! – se rió.

A mi padre no pareció gustarle nada aquel comentario y dejó caer su voz grave sobre mi madre.

- No seas injusta, Ana.

- ¿Qué es un papanatas? – pregunté.

Pero nadie me contestó.

Un silencio de tirachinas pareció instalarse entre ellos.

- Bueno, ¿y por qué no me habíais hablado del abuelo Martín?

- Porque para nosotros era como si no existiese – dijo mi madre.

- ¿Y ahora?

Mis padres habían sacado al abuelo Martín como del fondo de una maleta, así, de repente, porque sí. Alguna razón habría.

- Bueno, no sé – susurró mi padre-. Las cosas están cambiando.

- Tu padre quiere portarse bien con el abuelo- confirmó mi madre.

- Más vale tarde que nunca.

- Todos cometemos errores

Mis padres hablaban entre ellos, en susurros, como si se hubieran olvidado de mí.

- Bueno, ¿qué?, ¿quieres conocerlo o no? – me preguntó, finalmente, mi madre.

- ¡Claro!

¿Cómo no iba a querer conocer a un abuelo nuevo que además era marinero y había corrido cientos de aventuras sobre los siete mares?

- ¡Claro! – repetí.

2.

Papanatas significa hombre demasiado cándido y fácil de engañar. Eso pone el diccionario que hay en mi casa, que es un diccionario bastante viejo aunque muy gordo. Encima de *papanatas* viene *papamoscas* que es un pájaro de color gris por arriba y blanquecino por debajo que se usaba para limpiar de moscas las habitaciones. La casa de Piedelagua estaba llena de moscas que rezongaban de acá para allá y se daban cabezazos contra los cristales. En los cristales había mucho cielo y un poco de mar.

- Necesitas un papamoscas, abuelo – se me ocurrió decirle una tarde muy gris.

Y al abuelo Martín le entró tal ataque de risa que si hubiera tenido ojos que ven, me hubiera visto ponerme como las cerezas del jardín.

- ¡Eso es lo que digo yo una y mil veces! – farfulló entonces.

Luego, dándome un capón en la cabeza, resolvió:

- ¡Y no te pongas colorada!

Entonces yo pensé que si el abuelo era ciego, de *papanatas* tenía bien poco.